

contribuye al cumplimiento de los designios de su justicia ó misericordia con respecto á ellos, es decir, en las ocasiones propias para recordarles sus deberes ó proporcionarles causas de mayor mérito. Con todo, aunque los edictos de Aureliano tuvieron poco efecto, como las inclinaciones conocidas de los soberanos tienen casi la misma eficacia que sus órdenes, el odio implacable al nombre cristiano en un príncipe de carácter violento y naturalmente cruel, como él era, no dejó de aumentar el número de los mártires.

Al tiempo de Aureliano, antes ó despues de subir al trono, pertenece además de los martirios habidos en las Galias, y de que ya hemos hablado, el tan célebre de San Prisco, sacrificado con una muchedumbre de cristianos en los bosques del distrito de Auxerre, á donde se habian refugiado: el de la ilustre virgen Santa Coloma, venerada particularmente en Sens, en donde dicen algunos que fué martirizada: el de los Santos Eutropio, Zósimo y Bonoso, con cincuenta soldados convertidos por Bonoso y muertos cerca de Roma. Participó de sus tormentos y de su triunfo el Papa San Felix que los habia exhortado; y quince dias despues, á saber, el dia 5 ó 6 de enero del año 275, fué elegido sucesor suyo Eutiquiano.

Fué muy famoso en Licaonia el martirio de Conon y de su hijo. La vida austera del primero era tan conocida de todos, que el ministro de la persecucion hizo de toda ella una impía mofa en el interrogatorio. Pero el fervoroso cristiano le respondió: «sí, la cruz es toda mi delicia; no pienses espantarme con la variedad de tormentos que me preparas, porque conozco todo el valor que tienen en el cielo; los mas crueles y los mas dilatados son todo el objeto de mis deseos.» Entonces el tirano para ver si le hacia mudar de opinion, le preguntó con artificio si tenia hijos. Conon respondió: «uno

tengo, y celebraria tuviese parte en mi felicidad.» Condujéronlo al momento, y le pusieron con su padre en una cama de hierro hecho ascua, y desde ella los trasladaron á una caldera de aceite hirviendo; cortáronles las manos con una sierra de madera, y en medio de tan execrables tormentos perdieron la vida alabando con cánticos al Señor. Padeció tambien el martirio en Cesaréa el pastor Mamés, y lo padeció con la resignacion y valor de un héroe; su culto se extendió tanto que los doctores mas elocuentes de la iglesia griega, San Gregorio Nacianzeno y San Basilio, hicieron su elogio como á porfia.

Segun los varios movimientos de la gracia, obraba de varios modos la fé en los cristianos. Mientras unos deseaban una muerte violenta, San Antonio, egipcio de nacimiento, se alejó de un mundo perverso y tumultuoso, para aprender un nuevo arte de crucificarse á sí mismo y transmitirlo á una infinidad de mártires voluntarios. Habia nacido en el alto Egipto, de padres distinguidos por su nobleza y riquezas, y aun mas por sus sinceros y sólidos sentimientos de Religion. Diéronle una educacion tan cristiana, que desde sus tiernos años dió pruebas de la piedad más sobresaliente; y tuvieron tanto cuidado de precaverle de las malas compañías, que ni aún quisieron que acudiese á las escuelas frecuentadas por los demás jóvenes de su edad, y así la ciencia de la salvacion fué la única de aquella alma prevenida de las bendiciones celestiales. Por eso, aunque estaba dotado de una rara penetracion y un discernimiento singular, no supo leer ni escribir, ni otro idioma que el egipcio, del que usaban los naturales del pais aun despues de su sujecion á los romanos. Pero era tan asistente á las asambleas de Religion, y oia con tal atencion las lecciones del Evangelio, que igualó en esta ciencia á los mas consumados doctores; por-

que á su grande penetracion se agregaba una prodigiosa memoria que retenia constantemente lo que una vez habia aprendido.

Un dia en que, segun acostumbraba, se dirigia al lugar santo en que se congregaban los fieles, ocupado su espíritu en lo que anteriormente habia oido leer de los Apóstoles, que se desprendieron de todo por seguir á Jesucristo, permitió Dios en su misericordia que al entrar oyese aquel pasage del Evangelio en el que el Salvador dice á un rico que venda todos sus bienes si quiere ser perfecto, y reparta el producto entre los necesitados. Persuadióse Antonio que el Señor, suministrándole sucesivamente aquellas instrucciones, tenia particulares designios respecto de él. Así pues, se deshizo de cuanto tenia, y puso en práctica al pie de la letra el consejo del Evangelio. Hacia seis meses poco mas ó menos que habian muerto sus padres, dejándole una herencia muy cuantiosa á la edad de diez y ocho años, con una hermana muy jóven, de cuyo cuidado se encargó, segun lo exigian los vínculos de la sangre y la prudencia cristiana, confiándola á unas piadosas doncellas que la guiaron por el camino de la virtud. Él dejó la ciudad y se fué á una soledad en donde vivia un anciano ejercitado desde su juventud en la vida eremítica, con una piedad poco comun aun en aquellos tiempos de fervor.

Hasta entonces las almas privilegiadas á quienes el Señor llamaba á la práctica mas perfecta del Evangelio, habian habitado solas en parages separados del comercio humano, pero no muy lejos de las poblaciones, sin osar internarse en lo recóndito de los desiertos. Pero el Espíritu Santo, que claramente guiaba las operaciones de Antonio, hizo que no se contentase con imitar al anciano en cuya compañía vivia; sino que llevado de una piadosa emulacion, apenas oia el discípulo de tan grande maes-

tro celebrar las virtudes de algun Santo, cuando todas sus ansias se dirigian á recibir de él algun ejemplo ó leccion que practicar. Con curiosidad religiosa observaba las virtudes en que cada cual se aventajaba; la mortificacion en uno, la frecuente oracion en otro, el genio apacible y la paciencia en aquel; y llevando á su soledad esculpidas en la memoria todas estas santas imágenes, meditando sobre ellas muy despacio, y orando y llorando enriquecia su alma con los tesoros de la gracia y de la virtud. Se esmeraba sobre todo en ser el mas humilde de todos los solitarios; de manera que los ancianos le llamaban con el dulce nombre «de hijo,» y los demas con el de «su muy amado hermano;» y era igualmente querido de Dios y de los hombres.

El enemigo del género humano no podia ver sin el mayor despecho los frutos que eran de esperar de unos principios tan felices. Acometió pues á Antonio con todo género de tentaciones, poniéndole por delante los bienes de que se desprendia, el lustre de su nacimiento, con las esperanzas que le ofrecia en el mundo, y aun el cuidado que debia tener de su jóven hermana. Llenóle el espíritu con las imágenes de cuanto podia avivar las pasiones, é hizo los mayores esfuerzos para encender en su pecho el fuego sensual. Pero el jóven solitario venció todas estas tentaciones con la oracion y la penitencia. Su lecho era una simple estera, y aun por parecerle demasiado blanda se acostaba las mas veces sobre el desnudo suelo, y aun se pasaba las noches enteras en oracion: comia solo una vez al dia un poco de pan con sal, y esto despues de ponerse el sol, y no bebia mas que agua; bien que generalmente los solitarios no bebian vino ni comian carne.

Adelantando Antonio cada dia mas en la virtud, le pareció todavía muy cómoda la vida que llevaba; y buscando otro mayor retiro,



le halló por fin en un sepulcro muy distante de toda comunicacion y comercio humano. Entre los egipcios eran estos sepulcros unos edificios muy capaces que contenian varios subterráneos, donde sepultaban y conservaban los muertos de su familia; y penetrado Antonio de solo el temor de Dios, que le hacia superior á los miedos pueriles de difuntos y fantasmas, eligió entre aquellos monumentos ó sepulcros el mas distante, y se encerró en él despues de haber suplicado á uno de sus amigos que le asistiese con un poco de pan de cuando en cuando. Los malignos espíritus previendo los males que podria ocasionarles aquel varon insigne, no sólo con su propia virtud, sino tambien con el fruto que con su ejemplo podia producir en otros, le hicieron la guerra más cruel, ya con estratagemas y ardidés, ya procurando por todos medios apurar su constante paciencia (1). Vió un dia este solitario (segun dice San Atanasio, que lo oyó al mismo San Antonio) que las cuatro paredes de su habitacion se abrian por todas partes, y que una porcion de leones, dragones y fieras de todas calidades iban á arrojarse sobre él: púsose el Santo en oracion y no hizo caso de tales ilusiones, y un momento despues se dejó ver un rayo luminoso que ahuyentó todos aquellos fantasmas. «Señor, exclamó entonces Antonio: ¿en dónde estabais hace un instante? Una voz celestial respondió: «aquí mismo, pero quise ser testigo de tu valor y fortaleza.»

Despues de esta victoria sintióse el Santo con mas fuézas que nunca, y al otro dia se puso en viage dirigiéndose al gran desierto de la Tebaida; quince años habia pasado en la primera soledad, y se mantuvo veinte en esta otra, sin mas abrigo que las

(1) Hier. Ep.

ruinas de un castillo antiguo, en donde enteramente separado de toda comunicacion con los hombres, recibia solamente dos veces cada año algunos panes que le echaban por encima de las paredes; y aqui fué donde empezó á poner los primeros cimientos de la vida cenobítica.

El emperador Aureliano habia sido castigado por sus crueldades, segun habemos dicho, perdiendo la vida y la diadema que él era el primero de los emperadores que la habia ceñido. Arrojáronse sobre él su propio secretario y algunos oficiales del primer orden que le temian, y le asesinaron, á principios del año 275 estando en camino para Tracia. Despues de su muerte, el ejército y el Senado, por una deferencia muy estraña, pasaron mas de siete meses pidiéndose uno á otro que diese un sucesor á Aureliano, hasta que en 25 de setiembre del mismo año nombró el Senado á Tácito; pero á los seis meses de su eleccion fué muerto en Oriente por sus soldados, con sentimiento general de todo el imperio, que en un reinado tan corto concibió las más lisonjeras esperanzas de su nuevo señor.

Esto fué sin duda lo que dió margen á los agoreros ó adivinos á que diesen de la grandeza venidera de un príncipe descendiente de Tácito un oráculo memorable que sí, contra lo que acostumbraban, pareció claro bien y articulado, solo sirvió para que su impostura fuese más palpable. Pero aquellos falsos profetas tuvieron la precaucion de fijar el cumplimiento de su vaticinio á un tiempo tan lejano que ya no tuviesen que temer la vergüenza debida á su falsedad.

Un mes despues de la muerte de Tácito eligieron las tropas de Oriente con general aplauso del Senado y del pueblo á Probo, natural de Panonia, é hijo de un tribuno militar. En el segundo año del reinado de este emperador, empezó Manés á esparcir

las primeras semillas de su heregía, la más duradera y monstruosa que habia afligido hasta entonces, y que quizá afligirá jamás á la Iglesia. Este infame heresiarca era natural de Persia; nacido en la esclavitud, le sacó de ella una viuda que no teniendo sucesion le adoptó, le hizo criar y educar como á hijo suyo, y al fin le hizo dueño de todos sus bienes. Para borrar la memoria de su primer estado, mudó su verdadero nombre que era *Curbico* en el de *Manés* que los griegos espresaron con el vocablo *Maniqueo*, haciendo un juego de palabras propio de su lengua y con el objeto de significar un necio discursidor. Sin embargo, Manés tenia una gran facilidad para producirse y estaba versado en todas las ciencias de los persas; pero habia aprendido otras cosas más estraordinarias en los libros de un árabe nombrado Escitiano, que habian llegado á sus manos con lo demás de la herencia de su madre adoptiva. Con las noticias que en ellos adquirió, se tuvo por un hombre divino; apellidóse el Paráclito ó la luz del mundo, y no tuvo reparo en aspirar al don de hacer milagros.

Tuvo este insensato la osadía de afirmar que curaria al hijo de su rey que estaba gravemente enfermo: pero el niño murió y al impostor le pusieron preso. A pesar de todo logró fugarse de la cárcel y salir del reino, burlando la vigilancia de sus guardas, los cuales fueron castigados con pena de muerte. Refugióse en Mesopotamia, donde procuró hacerse discípulos, y no hablaba de Jesucristo sino con la mayor veneracion, para sorprender con más facilidad á los cristianos; siendo esto casi lo único en que su secta convenia con el cristianismo. Manés tuvo una conferencia pública con Arquelao, obispo de Cesarea, y despues otra con un santo sacerdote que se llamaba Trifon; en ambas quedó cubierto de oprobio, pero no se arrepintió;

de modo que irritado el pueblo con sus blasfemias, intentó apedrearle. Vióse, pues, precisado á huir; pero volviendo á Persia cayó en las manos de su rey, que le hizo desollar vivo; fué arrojado su cuerpo á las fieras, y el pellejo se puso clavado en una de las puertas de la capital.

No se descuidaron sus discípulos en esparcir su escandalosa doctrina, la que reunia en sí, no solo la ponzoña de las heregias antiguas, sino tambien, como dijo el Papa San Leon, lo más duro de la obstinacion judaica, lo más profano del paganismo, lo más execrable de la magia; y en una palabra, todas las impiedades y estravagancias de que puede ser capaz el hombre. Las potestades de la tierra han perseguido en todas épocas, y á veces con el mayor rigor, á estos sectarios enemigos de todo orden; y cuando proscribian á los heroges en general, por esta palabra entendian propia y específicamente á los maniqueos. Mas esto no impidió que se multiplicasen estraordinariamente. Hasta los albigenses adoptaron muchos de sus errores en el siglo XII, y aun mucho más tarde los adoptaron tambien otros espíritus altivos que, no pudiendo ostentar por su ignorancia una nueva doctrina inventada por ellos, no se avergonzaron de recurrir á tales autores. Pero mas adelante se nos presentará ocasion de volver á hablar de Manés y de los estravios de sus últimos sectarios.

La base del maniqueismo era la falsa persuasion, en que estaba esta secta ignorante, de que no pudiendo Dios ser causa del mal, habia dos dioses, ó dos principios, al uno de los cuales suponian autor del bien y al otro autor del mal. Pretendian tambien que el hombre tenia dos almas, una buena y otra mala; negaban el libre albedrío, y no se creian culpables de sus acciones, aun las más desordenadas é infames, que ellos achacaban á la alma mala.



Todos los artículos de fé que eran incompatibles con sus máximas los desecharon también, como el pecado original, la necesidad de las buenas obras, y el misterio de la Redencion. Segun ellos, nada bueno podia hacerse con la carne y la materia, que decian ser obra del principio malo; asi que, condenaban el matrimonio y la generacion, pero sin abstenerse por eso del trato y comercio con las mugeres; clamaban sediciosamente contra la administracion civil y contra toda potestad exterior; atribuían la antigua ley al mismo principio; trataban de idolatría el culto de las reliquias y de las santas imágenes; juzgaban como aparentes, pero en el fondo indignas de Jesucristo, su Encarnacion y su Pasion; aunque la idea que tenian de este Dios-Hombre y de las demas divinas Personas no era la mas sublime, pues unas veces confesaban una sola bajo tres nombres diferentes; otras, como idólatras verdaderos, las incorporaban con el aire, con la luz, ó con el sol y la luna, á quienes rendian adoracion como los persas. Admitian también, á semejanza de estos y de los indios, la transmigracion de las almas á diversos cuerpos de animales, y otras mil quimeras de igual género, tanto en las observancias como en la creencia. Sostenian, por ejemplo, que el que mataba á un animal ó arrancaba una planta, se transformaria en aquella planta ó en aquel animal; y con esta aprension se juzgaban obligados á usar de ciertas fórmulas y protestas antes de tomar alimento. Arrojabán al aire el pan que iban á comer; maldecian al que lo habia fabricado, y le deseaban que fuese molido, amasado, cocido y tratado en todo como aquel ente desdichado.

Componian los maniqueos dos clases, una que llamaban de *oyentes*, los cuales debian abstenerse de vino, de carne y de todo lo que provenia de la carne; y la otra de los *escogidos*, los cuales ademas de la

misma abstinencia profesaban la pobreza y el mayor desprendimiento. Mas en cambio de su privacion los escogidos eran los únicos que tenian el secreto de todos los misterios de la secta; es decir, que en sus conventículos se entregaban con entera libertad á unas infamias que horrorizaban y llenaban de indignacion aun á los mismos paganos. Conservaban un bautismo, pero enteramente desfigurado y profanado con horribles sacrilegios. Celebraban la Eucaristía, pero de un modo tan execrable que causa rubor contarlos. Entre los *escogidos* habia doce que llamaban *maestros*, y ademas otro que, en calidad de sucesor directo de Manés, se daba á respetar como gefe de los demas, y á imitacion de aquel tomaba el nombre de *Paráclito*. Habia despues, é inferiores á estos, setenta y dos *obispos*, ordenados por los *maestros*, cuyos obispos tenian también facultad de ordenar sus *presbíteros* y *diáconos*. Con este simulacro de cristianismo, acompañado de un lenguaje extraordinario y un tono de espiritualidad y rigorismo, consiguió esta detestable secta ganar un crecido número de partidarios, ó por mejor decir de víctimas, hasta que en un Concilio celebrado en Mesopotamia el año 277 fué condenado el maniqueismo.

En Occidente, donde San Eutiquiano seguia ocupando dignamente la cátedra de San Pedro, no hacia aun muchos progresos esta heregia. Murió este santo Pontifice en Roma el dia 7 ú 8 de diciembre del año 283; y en 17 del mismo mes le sucedió Cayo, el cual ocupó por mas de doce años la Silla pontificia.

Hacia cerca de uno que el ejército de Iliria habia asesinado al emperador Probo. Durante su reinado, que fué de seis años, y el de su antecesor Tácito, no hubo persecucion declarada contra la Iglesia; solo tuvo que padecer por parte de ciertos magistrados, que escudados con los antiguos

edictos, satisfacian en los cristianos su rencor ó su falso celo. Asi sucedió el martirio de Sabacio, acusado ante Heliodoro, juez de Antioquia. Sabacio confesó con valor á Jesucristo; pero como la violencia de los tormentos le arrancase muchas lágrimas, el juez, con una crueldad impía, hizo escarnio de su sensibilidad. «Si, le dijo entonces el mártir; muy grandes son los dolores que siento, pero los padezco gustoso por mi Dios. ¡Ojalá sirvan mis lágrimas para hacerte comprender hasta qué punto yo le amo, y cómo debe ser amado!»

En reemplazo de Probo eligieron las tropas á Caro, prefecto del Pretorio, el cual creó Césares á sus hijos Carino y Numeriano: era natural de Narbona, y solo reinó unos diez y seis á diez y ocho meses, porque murió herido de un rayo, haciendo la guerra á los persas, y sus dos hijos siguieron reinando. Pocos meses despues fué asesinado Numeriano por orden de Aper, suegro suyo, que pretendia sentarse en el trono; pero indignadas las tropas con este parricidio, eligieron en 17 de setiembre del año 281 á Diocles, que tomó el nombre de Diocleciano, y que en el momento de su eleccion protestó, con espada en mano, que no habia tenido la menor parte en la muerte de su señor. «El cruel Aper es, añadia, quien ha vertido la sangre de su familia; y yo he de vengarla.» Al acabar de decir estas palabras le atravesó el alfange por el corazon. Este rasgo de justicia, que dió honor á Diocleciano, aunque en el fondo mostraba un espíritu sanguinario, se oscureció bien pronto por el interés y la supersticion

de su autor. Habiale predicho ya anteriormente un druida (a), en las Galias, que llegaria á ocupar el trono, pero que no se aseguraria en él si no mataba al jabali; y Diocleciano creyó cumplir el oráculo matando á Aper, que en idioma latino significa *jabali*. Asi se anunciaba en el mundo el autor de la mas prolongada y sangrienta persecucion de la Iglesia de Jesucristo. Por lo demás, Diocleciano tomaba tan poco interés en la conservacion de la familia de Caro, que en lo primero que pensó fué en oprimir al hijo de este emperador que seguia reinando en Occidente; y para oponerle una persona segun sus intenciones, creó César á Maximiano Hercúleo (b), su amigo antiguo.

Esto no obstante, sostúvose Carino por algun tiempo, y aún llegó á ganar una batalla contra Diocleciano; pero cuando iba al alcance para completar su victoria, fué muerto por un tribuno, cuya muger habia robado. Reuniéronse inmediatamente los dos ejércitos y reconocieron unánimemente por su señor á Diocleciano, el cual, como sabia sujetar todos sus movimientos á la política, confirmó en sus empleos á todos los oficiales de Carino, y se dedicó cuidadosamente á ganarse las voluntades de todos para lograr los fines que se proponia.

(a) Llamábanse Druidas los principales sacerdotes de los antiguos galos, los cuales oían sus palabras como si fueran proferidas por el mismo dios Teutates.

(b) Llamóse Hercúleo por la fanática devocion con que veneraba á Hércules. (Id.)